

aquel gigante encerraba era incapaz de sostener su peso, el espíritu de Pola no se avenía con semejante cuerpecito.

Al cuarto día de fiebre, rebelde á todo tratamiento, dijo el médico:

— Esto se apaga. Le quedan pocas horas de vida.

Luis creyó volverse loco y se abalanzó sobre la cama.

— ¿Qué tienes, Luis? ¿Lloras porque pienso cantar en San Carlos de Nápoles? ¡Nápoles! ¡Qué bello es Nápoles! ¡Si supieras cuánto he pensado en ti paseando por aquella campiña! ¡Qué derroche de luz y de colores ha echado la naturaleza sobre aquel pueblo! ¡Qué mareo de bellezas, qué borrachera de poesía! Allí he sufrido mucho, muchísimo; todas eran para mí noches de luna. ¡Noches de luna! ¿Te acuerdas de las noches de luna, Luis? La luna de la Castellana, la luna del campo. ¿No es verdad que hay dos lunas en el firmamento? Dos, sí. La que vemos cuando somos felices y la que nos alumbraba cuando somos desgraciados. Luis, Luis, ¿crees ahora que se enlazan allá... en un astro... las almas de los que se han amado en la tierra?

— Sí, Pola, sí; creo todo lo que tú crees y amo lo que tú amas.

— Pues ama á Camila.

— La odio porque tú la odias.

— ¿Yo? ¡Dios mío! ¿Quién te ha dicho eso? ¿Odiarla? ¡A una mujer desgraciada..., á mi prima!.. Mírame, Luis, yo soy Pola, y Pola no es mala ni rencorosa, ¿verdad? Polita no sabe ser esas cosas feas... Oyeme atento, muy atento. He leído, no sé en qué libro, que cuando Dios da permiso á un alma para que volando, volando, baje á la tierra, á esconderse en el huequecito invisible de nuestro ser material, suelta detrás de aquélla, otra igualita, hermana gemela, tanto que se las tendría por dos mitades de un todo si fuese posible observarlas. Como de la gloria no han salido juntas, ni sabe la que salió primero que ha de salir la segunda en seguimiento suyo, vuela, vuela por los espacios hasta que encuentra el refugio que le ha destinado el que lo dispone todo; la otra, cansada de correr y de revolotear, fatigada y triste por no haber encontrado á su compañera, se guarece en el primer cuerpo que le depara la suerte; á la primera la coloca Dios, á la segunda la fatalidad. El alma que salió del cielo después que la tuya fué la mía: ha vagado errante por la superficie de la tierra sin encontrar á su hermana; pero cumpliendo la ley del gran legislador, llegó á reunirse con ella; ¿mas cuándo? Después de haber corrido y luchado tanto, que rendida por la fatiga, cae exánime, sin fuerzas para continuar el camino... Y vuelve al cielo, Luis, vuelve al cielo, de donde ojalá no hubiera salido.

— ¡No; no puede ser, Pola, no puede ser; tu alma no se apartará de la mía!..

— Allá... allá nos veremos.

— ¡No! ¡Aquí, aquí, Pola de mi vida, no me dejes, no me abandones, llévame contigo!..

Ocho días hacía que Luis no se apartaba de Pola.

Estaba ésta sentenciada á quedarse muerta como un pajarito, sin espasmos, sin contorsiones, sin agonia; la enferma asombraba á los médicos; no creían que pudiese vivir tanto. La calentura, que no había cedido un momento, desapareció; parecía más animada y no tenía fiebre; pero las fuerzas decayeron inmediatamente; los ojos se apagaban, se le afilaba la nariz, arañaba las sábanas con sus deditos descarnados y entreabría los labios que se iban oscureciendo con un borde fúnebre. De las extremidades de la enferma huía el calor, para refugiarse en su pecho, último baluarte de la vida, y el médico ordenó que se la frotase con Jerez ó con ron muy buenos.

— Se va, Luis, se va.

— ¿Quién, vida mía?

— Mi alma del lado de la tuya.

— ¡Pola! ¡Pola de mi vida, no me digas que te vas y que yo me quedo!

— Tú te quedas, sí, te quedas... para tu esposa, para tu hijo..., para los pobres..., para las hijas desgraciadas que en noches crudas te pidan pan para su madre... Todo lo que poseo es para la señora de Altuna, ¿sabes? También mi casita, continuó Pola con voz apagada, mi nido de venturas... Que viva aquí... Tú vendrás alguna vez..., alguna...

Ruido de voces que acaloradamente discutían en el recibimiento llegó hasta el lecho de la moribunda.

Era que Camila, fuera ya de sí, no pudiendo soportar por más tiempo lo que suponía ultraje nunca visto ni hecho á mujer alguna, se había decidido á despreciar las conveniencias sociales y se presentaba á sorprender á los amantes, acompañada del juez y testigos para entablar una demanda de divorcio.

La señora de Altuna se oponía á que entrase nadie en el dormitorio de la moribunda; pero Camila, inexorable, terrible en su odio contra *los infames*, insistió á pesar de oír que Pola estaba expirando.

La autoridad se impuso: cuando Luis, atraído por las voces y reconociendo la de su esposa, cruzaba el gabinete para salir á la sala, iba dispuesto á no consentir que Camila pasase adelante: la conocía bien y sabía que el despecho, sólo el despecho la condujera á casa de su prima.

Pero su sorpresa hubo de trocarse en espanto: la presencia de aquellos caballeros que acompañaban á Camila fué una herida más que su esposa le infería: un nuevo insulto al ángel que espiraba, un odioso atropello de aquella mujer sin corazón.

Al saber de lo que se trataba, le asaltaron impulsos de ahogar á su mujer; pero se contuvo mirándola con expresión de infinito desdén.

Pola quiso hacer un esfuerzo para incorporarse y la fué imposible. Oía, sin embargo, y lo comprendió todo. Era el último dolor que la fatalidad le deparaba antes de abandonar este valle de lágrimas.

— Señor Juez, dijo Luis con acento alterado, estoy al lado de un ángel moribundo, que sobre merecerme el cariño de la hija más amada, es prima carnal de mi esposa.

Si los ojos de Camila hubieran sido basiliscos pulverizarían á Luis en aquel instante.

— ¡Luis!.. ¡Camila!.., dijo Pola con voz apagada. Venid...

Luis corrió al lado de la moribunda. Camila quedó inmóvil; la voz que la llamaba no le pareció de la tierra, y el recuerdo de *Lucía*, cantada con gemidos celestiales por aquella niña expirante, pasó por su mente suavizando las asperezas de su situación.

— Señora, acérquese usted, le dijo el juez con acento imperioso. Su prima moribunda la ha llamado.

Maquinalmente dió Camila unos pasos y quedó á los pies de la cama con el rostro ceñudo por las violencias de su carácter y quizás pesarosa de su última y más grande imprudencia.

Pola se moría, se moría por segundos.

— ¡Luis, perdón para... mi prima!..

— ¡Pola de mi vida, calla; no pidas perdón para ella!

— ¡Camila!.. ¡Camila!, balbuceó Pola. ¡Perdóname tú!..

— ¿A tí? ¿A tí?, gritó Luis. ¡A ti, alma pura y sin mancha! ¡A ti, ángel entre las mujeres! ¡Ella! ¡Ella es la que ha de pedírtelo por esta nueva infamia que comete contigo!

Camila continuaba ceñuda mirando alternativamente á uno y á otro sin pronunciar palabra, pero abrasándose quizás por vez primera en celos grandísimos y nobles.

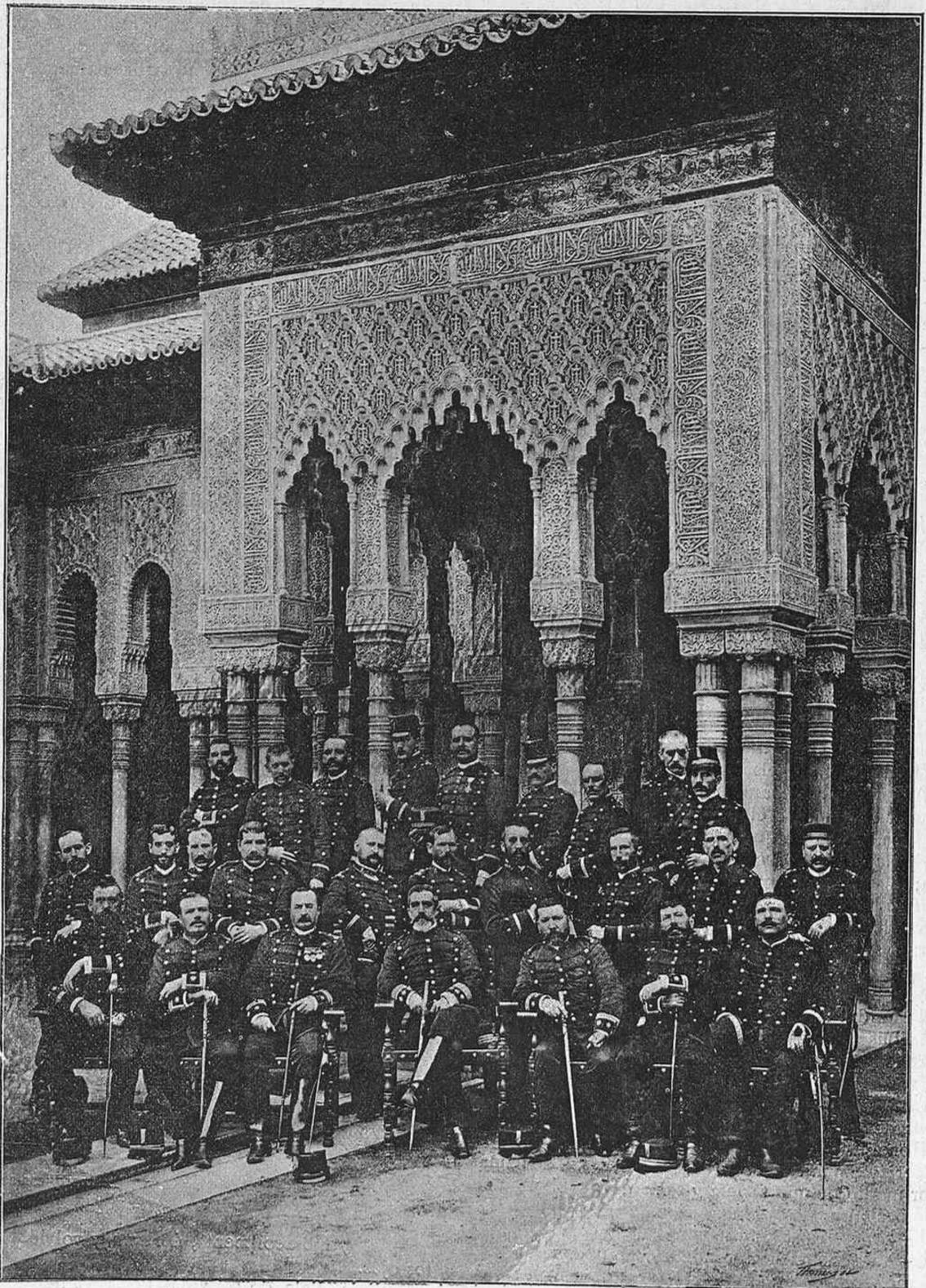
Ella jamás había visto á su marido tan amante, tan apasionado, tan loco, tan delirante; besaba la cabeza, las manos y el rostro de Pola, con transporte, con locura; debía amarla con pasión infinita, sobrenatural. Camila sintió envidia de Pola: ella, la mujer elegante y hermosa, llena de vida y rodeada de los placeres que la riqueza proporciona, envidiaba á la cantante moribunda, al esqueleto animado por un soplo de vida que se acababa, se acababa...

— ¡Luis... perdón... pa...ra ella!.. ¡No me ol... Camila... no me olvidéis!

Se oyó un grito horrible, un grito que arrancó otro de dolor á la garganta de la esposa humillada.

Era Luis que se abrazaba frenético y desesperado al cuerpo inmóvil de la Pola.

EVA CANEL



SRES. JEFES Y OFICIALES DEL REGIMIENTO DE INFANTERÍA DE TOLEDO NÚM. 35 Á SU SALIDA DE GRANADA PARA MELILLA (de fotografía de los Sres. Señán y González)